

# HUELVA DURANTE LA GUERRA CIVIL: LAS CELEBRACIONES PÚBLICAS

INMACULADA CORDERO OLIVERO

## RESUMEN

Todas y cada una de las celebraciones públicas llevadas a cabo en Huelva durante la guerra civil de 1936-39 fueron utilizadas por el aparato propagandístico de Falange como un medio para crear ciudadanos fieles a la ideología del nuevo Régimen. Con ese fin se crearon fiestas, se eliminaron algunas y se fomentaron otras, aquellas que mejor podían servir a los intereses de quienes detentaban el poder. Este es el caso de las relacionadas con la Hispanidad. El nuevo Estado hizo de ellas el más útil vehículo de propaganda de un Régimen que prometía a una Huelva en decadencia, retornar a ese pasado esplendor imperial gracias a la acción de la cruzada salvadora encabezada por Franco.

**PAIABRAS CLAVE:** Celebraciones públicas. Guerra Civil. Huelva. Falange. Hispanidad.

## ABSTRACT

Each and every public celebration carried out in Huelva during the Civil War of 1936-39 was used as a medium to create loyal citizens to the new Regime ideology by Falange's propaganda apparatus. With that goal many festivities were created, others were eliminated and other promoted. That is, those which could serve the interests of those who occupied power. This is the case of those related with the "Hispanidad". The new State made them the most useful propaganda vehicle of a Regime that promised to a decaying Huelva to turn back to that gone imperial splendour thanks to the action of the crusade led by Franco.

**KEY WORDS:** Public celebrations. Civil war. Huelva. Falange. Hispanidad.

Conocido es que la guerra civil más reciente de nuestra historia se ha convertido, desde hace unos años, en el tema "estrella" de nuestra historiografía, por eso llama poderosamente la atención la inexistencia de estudios sobre esa trascendental etapa para la provincia de Huelva. Esa carencia era evidente también, hasta hace poco, para la Segunda República, pero así como el análisis de este período está siendo objeto del trabajo de uno de nuestros compañeros, Cristóbal García García, la etapa que la sigue continúa siendo una virtual desconocida<sup>1</sup>. Tal vez, no debamos olvidar que Sevilla se erigió cabecera de la reta-

<sup>1</sup> Leandro Álvarez Rey y Mario N. López, profesores de la Universidad de Sevilla y Granada respectivamente, presentaron al Congreso *Caciquismo y República en Andalucía (1891-1936)*, celebra-

guardia del Bando Nacional en la zona sur y Huelva fue un enclave más en su área de influencia, eso terminó estableciendo entre ellas una relación de subordinación más acusada por cuanto se hallaban en un estado de excepción. Por ello, el presente estudio pretende ser un modesto acercamiento al conocimiento de cómo se vivió la guerra en el extremo occidental de Andalucía, a través de las manifestaciones públicas que la sociedad onubense protagonizó.

## FIESTA, PRENSA Y PROPAGANDA

Nada tiene de nuevo el estudio de la fiesta como uno de los elementos que, inmerso en la vida cotidiana de una colectividad, mejor define los caracteres de la misma. Pero la fiesta es algo más que la expresión pública de las características y tradiciones de una colectividad, es un vehículo privilegiado que el poder tiene en su mano para transmitir una determinada imagen de sí mismo al pueblo sobre el que ejerce ese mandato. Ciertamente, la imagen que da a través de la fiesta ese Estado, capaz, por otra parte, de inventar la tradición para usarla en su beneficio, no es la representación de lo que es, sino de lo que desea que el pueblo sobre el que ejerce ese mandato crea que es<sup>2</sup>.

Durante la guerra civil las celebraciones públicas civiles y religiosas, bajo la atenta mirada de la Falange que de forma inmediata controló cada una de ellas, ejercieron en una ciudad de la retaguardia como Huelva una doble función propagandística: la de legitimar al nuevo Régimen y la de formar al pueblo como ciudadanos fieles a ese nuevo Estado, haciéndolo sentirse parte de la construcción del mismo. Para conseguirlo hicieron uso de dos argumentos: la total identificación del Bando Nacional con la idea de cruzada cara a su legitimación, y la conversión del sueño de la restauración de la gloria imperial española en uno de los principales objetivos del nuevo Estado cara a la creación de ciudadanos leales al mismo. En una ciudad tan vinculada como Huelva a ese sueño imperial de antiguos tiempos gloriosos, era fácil ganarse la fidelidad de los ciudadanos a un sistema que les prometía restaurar su antigua grandeza. Teniendo en cuenta lo dicho, no es de extrañar que las fiestas religiosas y las de la Hispanidad adquiriesen en la Huelva de la guerra civil especial esplendor.

Llama poderosamente la atención la cantidad de celebraciones públicas que se suceden en la ciudad de Huelva durante la guerra<sup>3</sup>, todas ellas contribu-

---

do en El Puerto de Santa María en septiembre de 1991, un magnífico trabajo bajo el título "La Segunda República en Andalucía; estado de la cuestión y bibliografía general" en que quedaba patente que Huelva es la provincia de nuestra comunidad con menos estudios referentes a esa etapa y la que nos ocupa, con excepción de los trabajos de Francisco de Espinosa Maestre sobre la represión en la provincia de Huelva: "La represión de la masonería en la provincia de Huelva, 1936-41", *Actas del III Simposio sobre la Historia de la masonería española*, Zaragoza, 1989, tomo II, 697-706; "Los masones onubenses ante el tribunal" *IV Simposium* celebrado en Alicante en 1990, tomo I, 513-529. *Guerra civil y represión en la provincia de Huelva*, Diputación Provincial de Huelva, 1993 (en prensa).

<sup>2</sup> Un estudio similar a éste para la ciudad de Sevilla fue presentado por nuestra compañera Concha Langa Nuño en el Segundo Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, celebrado en Barcelona en 1994.

<sup>3</sup> En cada una de esas fiestas era tradicional colocar colgaduras en los edificios públicos y privados y adornar las calles, con iluminación eléctrica en el caso de los centros neurálgicos como la

yen a crear una determinada imagen del nuevo Régimen entre los onubenses. En esa labor, una de las principales preocupaciones del aparato propagandístico de los Nacionales, era convencer al pueblo no formado de la bondad del Régimen, su alegría, paz y orden, frente al desorden y el caos del que acusaban a las ciudades aún “secuestradas”. En ese sentido, ante la falta de un vehículo homogeneizador más útil, desde la prensa de los Nacionales se animaba continuamente a los onubenses, especialmente a las jóvenes -las famosas “margaritas” a ocupar la calle, a pasear, a devolverles la alegría, a dar sensación de tranquilidad y bienestar. Por eso cualquier celebración era vista con buenos ojos. Ciertamente, el pueblo ocupó la calle en múltiples ocasiones. Vamos a ocuparnos de ellas. Y para hacerlo utilizaremos el principal diario de la ciudad en estos años: el *Odiel*.

No es el momento de plantearnos la validez de la prensa como documento histórico, vale la pena señalar, sin embargo, que nadie le puede negar su importancia como receptora y creadora de opinión pública. En este sentido, en la etapa que nos interesa la prensa ejerce una función básica, como transmisora de información y, sobre todo, como medio de propaganda, como inculcadora del aparato ideológico del nuevo Régimen en el pueblo onubense. Según Tuñón de Lara (1985; 319 y ss.), en un momento crítico como fue la guerra civil, la prensa jugó un papel fundamental como mantenedora de la cohesión y de la moral de guerra, como neutralizadora de defecciones y convencedora de los tibios<sup>4</sup>.

La prensa local en Huelva durante la guerra civil tenía un protagonista indiscutible: el *Odiel*, que quedaría englobado dentro del grupo calificado como “periodismo de apoyo al alzamiento” (BRAOJOS, 1990; 86). Diario independiente, gráfico y católico por autoproclamación, se expresó en todo momento a favor de los sublevados. El 1 de agosto de 1937 pasó a depender directamente del Estado, en concreto de su delegación de prensa y propaganda con sede en Salamanca creada en enero del mismo año, sin que ello supusiese cambio alguno en su editorial salvo la sustitución de su director y de su cabecera, en la que se unió a la tradicional carabela sobre las olas el yugo y las flechas y la leyenda “España: una, grande y libre”. Se alteró también la numeración para considerar ese ejemplar como el primero del año I. Ya bajo el control directo de Falange, el diario, que se caracterizaba por el escaso volumen de su formato, ofrecía una información centrada en las noticias del frente: el bole-

---

plaza de Jose Antonio. Pues bien, hubo momentos en que tenemos la impresión de que no merecía la pena retirarlas. Buena muestra de ese exceso es que en 1938 el ayuntamiento declaró día hábil una fiesta de la importancia del 29 de julio, la “liberación” de Huelva, por la cercanía de otras fiestas, las colombinas. Y es que si tenemos en cuenta las fiestas religiosas y las civiles, y les sumamos las relacionadas directamente con la guerra, en que espontáneamente el pueblo onubense abandonaba su trabajo, con el permiso de sus patronos, para celebrar la “liberación” de cada una de las ciudades republicanas, resultaba que la retaguardia de un bando que intentaba dar impresión de tranquilidad, felicidad, y trabajo esforzado y heroico en la vanguardia y retaguardia, corría el peligro de un poderoso absentismo laboral.

<sup>4</sup> En este sentido, para conocer los lineamientos por los que se mueve la prensa española durante la guerra y el franquismo puede ser interesante la consulta de: Javier Terrón, *La prensa de España durante el régimen de Franco, un intento de análisis político*, Madrid: Centro Investigaciones Sociológicas, 1981.

ún diario del ministro de propaganda ocupaba siempre la portada. Espacio también reservado tenían las charlas de Queipo, que eran seguidas y comentadas con enorme interés. Les seguían en despliegue informativo las noticias locales y provinciales y aquéllas relacionadas con Sevilla. La información internacional era escasa, estaba centrada en las noticias que hacían referencia a las naciones amigas, Portugal, Italia y Alemania, y a las relacionadas con Hispanoamérica; con una especial atención a México en sentido marcadamente crítico. Como en todos los diarios de apoyo a la insumisión, propaganda e información iban inseparables, iba buscando convencer, crear nuevos ciudadanos leales al Régimen. Para conseguirlo hacía uso de un lenguaje demagógico, con la agresividad propia de un estado de guerra. La utilización de los adjetivos se convirtió en una auténtica arma, incruenta pero muy efectiva.

Alfonso Braojos señala que la prensa del alzamiento, en que hemos encuadrado *Odiel*, mantenía, ya desde el inicio de los treinta, una “guerra de papel” contra la República, y esa violencia periodística es un hecho que se podía trasladar a toda la prensa europea de la época. Con ese precedente, el 18 de julio en diarios como el *Odiel*, no hizo sino convertir lo que venía siendo “un periodismo en guerra a uno de guerra” (1990; 94). Además de su agresividad, el diario que nos ocupa se caracterizó durante la contienda por un amañado sentimentalismo. Con él se quería llegar al corazón de quienes leían, sin pasar por su mente. Se jugaba de forma continua con relatos de pobres monjas perseguidas por los “rojos” bárbaros, de niños que escaparon milagrosamente de los horrores de “los sin Dios”. El lenguaje no sólo era agresivo y sentimental, también se caracterizaba por sus estereotipación y retórica. Había buenos y malos, unos españoles heroicos dueños de todas las virtudes y unos malvados salvajes faltos de toda cualidad, que lo iban siendo más radicalmente conforme la guerra se iba alargando.

Las celebraciones públicas en Huelva entre 1936-39 nos dan una idea sobre la vida cotidiana en una ciudad en la retaguardia nacional. No cabe duda de que el ciudadano onubense, que durante los tres años de la guerra asistió a las múltiples manifestaciones públicas, todas ellas convertidas en fiestas propagandísticas cualquiera que fuese su motivo -después que los espectáculos taurinos, el cine, los actos religiosos, los actos políticos, los conciertos de la banda municipal, las representaciones al aire libre, incluso los partidos de fútbol le señalasen la bondad del Régimen que estaba naciendo frente a la maldad intrínseca del que finalizaba- quedaba convencido de ello y se sentía leal al nuevo Estado y a los valores que éste considera básicos, y que fueron instituidos durante el franquismo como ideología del Régimen. ¿Cuáles eran éstos? El propio *Odiel* los recogía en lo que denominaba “Decálogo de la Nueva España: - Fe, - Patria, - Estado, - Caudillo, - Norma, - Disciplina, - Fuerza, - Justicia, - Trabajo, - Paz”<sup>5</sup>).

Ciertamente, Falange controló todas y cada una de las manifestaciones públicas de la ciudad de Huelva en su beneficio. No era de extrañar, pues, que propiciase determinadas celebraciones por su especial rentabilidad propagandística, dotase de nuevo sentido a otras y eliminase aquéllas que no siguiesen la ortodoxia ideológica del Movimiento salvador. Existieron tres claros ejemplos de

<sup>5</sup> *Odiel*, 3 enero de 1937, p. 3.

cada uno de los casos reseñados. Las fiestas relacionadas con la Hispanidad adquirieron especial esplendor. En el segundo caso, a la de San Sebastián, patrón de Huelva, se la dotó de un nuevo sentido al convertir al joven soldado romano en ejemplo heroico y guía de la juventud española Nacional<sup>6</sup>. En el tercero se encontraban las fiestas del carnaval, que desaparecieron después de que en 1937 se impusiesen límites severos a su celebración<sup>7</sup>.

El primer impulso a la hora de establecer cierto orden en el panorama festivo onubense con vistas a iniciar el estudio, era el de establecer dos grandes grupos de celebraciones: las de carácter religioso y las de carácter civil. Sin embargo, para el período y el Régimen que nos ocupa, esa diferenciación no era factible. Y es que el elemento religioso fue, sin duda, la principal baza propagandística del nuevo Estado en formación. La iglesia católica consiguió colocarse en una postura de fuerza al entronizarse como ideología del nuevo Estado, pero no cabe duda de que pagó un precio al ser monopolizada por el mismo como instrumento legitimador. Cualquier acto religioso estuvo organizado y, en cierta medida, controlado por el aparato de Falange, el más firme núcleo del nuevo Régimen en Huelva por encima del ejercito que apenas tenía fuerza por tratarse de una ciudad de retaguardia y de los tradicionalistas que no pasaban de ser un grupo pequeño dentro del cual el elemento más activo eran sus milicias juveniles, "Los Pelayos". De forma paralela, toda fiesta civil tenía un componente religioso. Las eucaristías solemnes en la Merced y en San Pedro o la celebración de misas de campaña en la Plaza de las Monjas, con la presencia, varias veces, de uno de los más importantes símbolos de la población, la Virgen de la Cinta, presidiendo el acto desde el quiosco de música donde se instalaba el altar, eran imprescindibles en toda conmemoración. En toda ella se daba una conjunción y confusión intencionada de los símbolos falangistas con los cristianos, confusión que se generalizó durante gran parte del franquismo. Tal vez, el punto culminante de esa mezcolanza era lo que se empezó a generalizar en las grandes celebraciones eucarísticas durante la guerra y que, según el *Odiel*, caló profundamente en el pueblo onubense. Se trataba de que en el momento culminante de la celebración litúrgica, en que se producía lo que para los católicos sobrepasaba lo simplemente simbólico para adquirir carácter de milagro, el instante en que se alzaba el Santísimo en la consagración, sonaban las "gloriosas" notas del himno nacional. De esa manera, nadie podía dudar de la existencia de un vínculo que unía íntimamente a Cristo con la cruzada salvadora.

<sup>6</sup> El joven romano era considerado un "adelantado de la juventud de nuestro imperio" y es que su sangre, como la de los jóvenes combatientes de falange, "era una sangre joven y mártir para defender a Dios". Rafael Manzano, "La conducta y estilo de San Sebastián", *Odiel*, 20 enero 1938, portada.

<sup>7</sup> El Alcalde Señor Apolinar Arenillas estableció, con la publicación de un bando, ciertas reglas que iban encaminadas a "preservar el orden público" y que terminaron por acabar con el carnaval. El bando prohibía usar disfraces, en todo caso eran permitidos cuando se tratase de una fiesta a celebrar en local cerrado de alguna asociación, previa posesión de la susodicha invitación si era requerida por la autoridad. No obstante, quedaba totalmente prohibido utilizar máscaras fuera del local cerrado, expulsar confeti a la vía pública y, sobre todo, utilizar disfraces de uniformes militares, civiles o religiosos, insignias y condecoraciones del Estado así como "disfraces indecorosos o contrarios al sexo de quien lo lleva", bajo multa nada menos que de 200 pesetas. Un año después la celebración del carnaval había desaparecido. *Odiel*, 6 febrero 1937, p. 2

Se celebraron en Huelva durante la guerra dos tipos de fiestas, aquellas tanto religiosas como civiles que formaban ya parte de la tradición y otras instituidas de forma novedosa por el brazo falangista de Régimen. A las primeras se las dotó de un especial esplendor, que ponía de manifiesto la intención del nuevo Régimen de no acabar con las tradiciones sino remozarlas, para dar una imagen de continuidad con la costumbre, de normalidad y no ruptura. Las *celebraciones tradicionales*, Semana Santa, Corpus, Virgen de la Cinta, se vieron robustecidas con la presencia de las autoridades civiles y militares, así como con la participación activa de Falange en sus más diversas organizaciones, asistiendo a los actos, adornando la ciudad con banderas y colgaduras, montando guardias de honor ante los altares o acompañando al Santísimo y las imágenes de Semana Santa; en algunos casos organizando las fiestas directamente como en la cabalgata de los reyes magos.

Entre *las fiestas que el Régimen creó* es posible establecer una diferenciación entre las que, entre comillas, podríamos denominar *coyunturales*, en el sentido en que fueron celebraciones puntuales relacionadas con la evolución de la guerra, y aquéllas que el nuevo Estado instituyó como festividades y que se mantendrían a lo largo del franquismo. Dentro del primer grupo se encontraban varias celebraciones de tipo religioso, como las que se hicieron para desagraviar al Sagrado Corazón y a la Virgen de la Cinta, ocasiones singularmente propicias para fomentar el rencor del pueblo hacia quienes se habían atrevido a quemar sus iglesias y ultrajar sus imágenes. Podríamos también incluir entre las circunstanciales a las, en determinados momentos numerosísimas, celebraciones benéficas, bailes y corridas de toros, principalmente, que se organizaron para recoger fondos para el ejército<sup>8</sup>. Entraban también en la lista de fiestas coyunturales las celebraciones que se realizaban con motivo de la visita de personajes ilustres a la ciudad, destacando la de Queipo, la del cardenal Segura y la de Pilar Primo de Rivera en septiembre de 1938, ocasión festiva para “las margaritas” de Huelva.

Pero, sin duda, las más importantes celebraciones que de forma circunstancial se celebraron en Huelva, como en toda ciudad de la retaguardia falangista, fueron las que festejaban la “liberación” “por parte del ejército de cada una de las ciudades “secuestradas por los rojos”. Todas ellas siguieron idéntico esquema. Al oír la feliz noticia en radio Huelva (inaugurada el 10 de agosto de 1936 por las nuevas autoridades), el pueblo, abandonando su trabajo y dejando desiertos los cines y los cafés, se lanzaba a la calle a celebrarlo, organizando una manifestación espontánea de alegría, llenando las calles y plazas y profiriendo gritos. A esa explosión seguía la convocatoria de una manifestación oficial que, con la participación de todas las autoridades, partía del Ayuntamiento para dirigirse a los consulados de Portugal, Italia y Alemania, en agradecimiento por su ayuda. En ellos eran recibidos por los cónsules, que agradecían las muestras de

<sup>8</sup> Muy numerosas fueron las corridas, que solían contar con el insigne espada afín al movimiento “el Algaveño”, los bailes y las veladas teatrales. El Gran Teatro y el Cinema Park eran los lugares escogidos para estas celebraciones que, organizadas generalmente por la falange femenina, unían música y teatro. El repertorio lo componían las obras de los Quintero, Muñoz Seca y Arniches y, en cuanto a la música, el pasodoboble era el rey indiscutible de una programación que contaba, siempre, con los sonos de los himnos de falange y nacional al principio y final de la velada.

amistad y arengaban a los falangistas. Posteriormente, después de que se escuchasen los himnos nacionales de España y del país amigo correspondiente, la manifestación enfilaba hacia el gobierno civil, donde el gobernador dedicaba unas palabras de alabanza al heroico Franco y al ejército. Para finalizar, de nuevo en las puertas del Ayuntamiento, hacían uso de la palabra el Alcalde y el camarada jefe de Falange, tras lo cual banderas, bandas de música y pueblo, se dispersaban, siempre con sumo orden<sup>9</sup>. La fiesta continuaba en la noche con una gran animación en las calles colindantes a la plaza de José Antonio (Plaza de las Monjas) y la calle Calvo Sotelo.

Junto a esas celebraciones que duraron lo que la guerra, el nuevo Régimen estableció nuevas fiestas *oficiales*. Las principales fueron la celebración del 18 de julio, la del 29 de julio, día en que Huelva fue “liberada”, la fiesta del Caudillo, instituida en octubre de 1937 para ensalzar “al presente” con caracteres de héroe medieval y de Santo, y, finalmente, una de carácter funerario: el 20 de noviembre, día de luto en que se recordaba “al ausente” con un solemne funeral en San Pedro, donde un impresionante túmulo cubierto con las banderas de España y Falange lo representaba.

Todavía quedaban tres fiestas que, sin ser instituidas por el nuevo Régimen, fueron monopolizadas y manipuladas por él hasta hacerlas suyas, dándoles un sentido íntimamente unido al nuevo Estado: la celebración del 2 de mayo, fiesta que alcanzó especial énfasis porque se trataba de establecer un paralelismo entre las fechas 1808-1936, como los momentos gloriosos en que el pueblo español se levantó para liberar a su patria de la dominación extranjera. En segundo lugar, la del día de Santiago, insigne patrón de la España que, como ellos, no dudaba usar la violencia para salvar la religión católica.

Ahora bien, si algunas fiestas adquirieron rango supremo en la Huelva de la guerra civil fueron las que se relacionaban con la Hispanidad. Es cierto que eran fiestas tradicionales, pero también que el Régimen las impulsó intencionadamente. Y es que eran las que más convenientemente servían a sus intereses ideológicos. La importancia simbólica y propagandística de que el nuevo Estado las dotó y el hecho de constituir las únicas fiestas de las celebradas en Huelva en que la ciudad adquiriría un carácter singular y se convertía en la protagonista nacional, hace que les prestemos especial atención, por cuanto es imposible incluir en un artículo el análisis de todas las fiestas enumeradas.

Si Falange se sintió a sus anchas con alguna fiesta civil, fue con las relacionadas con Colón y la Hispanidad, pues eran el marco adecuado para predicar a la población la grandeza de España y la vocación del nuevo Régimen de restaurarla<sup>10</sup>. Eso les permitía en el caso de Huelva, al recordar su pasada grandeza y

<sup>9</sup> Llama la atención que en todas y cada una de las manifestaciones públicas onubenses las banderas de España y Falange iban acompañadas de las de las naciones amigas e ineludiblemente de las de Hispanoamérica. Con la excepción de la de México por tratarse de un país bajo el terror marxista que apoyaba firmemente a la República.

<sup>10</sup> Para analizar el sentido de las ideas imperiales de Falange y sus relaciones con la Hispanidad, sería muy interesante la consulta de dos obras de Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid: CSIC, 1992, y *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica-1939-1953*, Madrid: CSIC, 1988. Así como la de Eduardo González y Fredes Limón, *La hispanidad franquista como instrumento de combate: raza e imperio en la prensa franquista durante la guerra civil española*, Madrid, CSIC, 1988.

contrastarla con la posterior decadencia de la ciudad, asegurarse la lealtad de quienes “habían sido y dejado de ser” hacia aquellos que les prometían volver a ser grandes. Así, esa se convirtió en la mejor baza propagandística de la Falange onubense. Tres eran las celebraciones que comprendían las fiestas relacionadas con la Hispanidad en Huelva: las colombinas, el día de la Raza y, cerrando el círculo, la vuelta de los conquistadores a puerto, el 15 de marzo.

## LA COLOMBINAS

Las fiestas de agosto de 1936 fueron las primeras que el Estado falangista hubo de organizar. En cierta medida, las colombinas del primer año de la guerra pusieron las bases en las que se fundamentarían todas las celebraciones públicas que Huelva vivió durante la contienda. Ahora bien, estaba tan cercana la “liberación de la ciudad”, apenas un par de días, que las celebraciones no tuvieron el esplendor que veremos en los años sucesivos. Del carácter oficial que la fiesta adquiriría para el nuevo Régimen, dejaba constancia el bando que como convocatoria apareció publicado en el *Odiel* el 1 de agosto. Firmado por el comandante militar de la plaza, Señor Gregorio Lumbreras, en él se llamaba a participar con normalidad al pueblo y todas las fuerzas de los sublevados, presentes en esos momentos en la ciudad: un regimiento de infantería de Granada, la intendencia, la guardia civil, carabineros, fuerzas de asalto y seguridad, requetés y Falange. Con ellas, las nuevas autoridades, en pleno, de la ciudad acudieron a la celebración de una misa de campaña, que tuvo como centro la plaza de las Monjas. En el templete de música se colocó un altar, que estuvo presidido por la Virgen de la Cinta, ante la cual montaron guardia solemne de honor los soldados de infantería.

La presencia de la Virgen y la celebración al aire libre marcaron el sentido de la fiesta. La propaganda falangista centró su labor en dejar claro ante el pueblo onubense su arraigado catolicismo, así como la falta de todo sentimiento religioso, incluso humano, entre los enemigos. A unos días del alzamiento, ya lo estaban legitimando como una cruzada. Los rojos, las hordas marxistas, habían destruido sus iglesias, habían intentado incluso mutilar a su patrona. Sin embargo, los sin Dios habían perdido la batalla. Si creyeron que la destrucción de las iglesias iba a impedir las celebraciones religiosas se equivocaron, pues se celebraron con mayor solemnidad “bajo las claras bóvedas celestes y columnas airoas de palmeras y sahumerios naturales de rosas, jazmines y claveles”. Si pretendían acabar con la devoción a la Virgen fracasaron también, porque, después de ser salvada milagrosamente por un grupo de onubenses de bien<sup>11</sup> de las bárbaras manos del enemigo, volvía a recibir los honores de un pueblo, que se entregó durante la misa, y que quedó convencido de haber sido liberado de los enemigos infieles. Las primeras colombinas tuvieron pues, un sentido eminentemente religioso, por cuanto estuvieron centradas en unos actos que res-

<sup>11</sup> *Odiel* el 3 de agosto de 1936, p. 6, dedicó extenso espacio a analizar como fue el salvamento de la Virgen de las manos demoníacas que querían eliminarla, dando a ese rescate categoría de milagro realizado por la familia Montagut y Elena Ubíe.



tauraban la oficialidad católica del Estado español, hecho en el que Huelva fue la pionera.

En los años sucesivos la celebración adquirió un matiz más marcadamente político, de manera que a la satanización del enemigo corría paralela la propaganda de los principios del nuevo Régimen. Así, en 1937 la celebración se convirtió en un acto de solidaridad con una nación amiga: Italia que, como España, realizaba una lucha calificada como “santa cruzada” contra un enemigo común. Los principales actos de hermandad entre las dos naciones tuvieron como escenario La Rábida. Hacia allí embarcaron todas las autoridades civiles y militares de Huelva, una nutrida representación del ejército acuartelado, así como multitud de falangistas y requetés en sus organizaciones juveniles “Flechas” y “Pelayos”. Todos ellos estaban acompañados de una nutrida representación italiana, de la que formaban parte la tripulación de tres buques que, con ese motivo, habían atracado en Huelva: Passagno, Mirabello y Falco. Las más altas representaciones de los dos países las ostentaban el embajador de Italia, Conde de Campaldo, y el general Merry del Valla, por parte hispana.

Tras descubrir en la sala de juntas de la Colombina un retrato del que ya entonces era considerado el jefe de la España Nacional, y entregar al prior del monasterio una capa pluvial como presente, se celebró una misa conmemorativa a la que siguió el inevitable responso a los caídos, al pie del monumento. Allí, a los pies de quién era considerado un héroe para ambos Estados, el almirante de la marina Italiana y, por España, Garrido Perelló (presidente de la Colombina), dirigieron la palabra al pueblo de Huelva con un discurso común, que ponía de manifiesto cómo ambas naciones tenían una indiscutible vocación imperial, que habría de verificarse en una misión suprema y santa que los unía como hermanas: la de salvar al mundo, a Europa, a la civilización de la incursión de los bárbaros de oriente. Tras la misa, las delegaciones se trasladaron al monasterio, donde los italianos hicieron entrega de una placa conmemorativa y se procedió a colocar en el museo tres salvavidas, en recuerdo de los tres buques que participaron en la celebración.

Los actos culminaron un día después, el cuatro de agosto, con un homenaje a la bandera en la antes Plaza de las Monjas y ahora de José Antonio, y un desfile de las fuerzas por la ciudad. El homenaje a la bandera se realizó en torno al quiosco de música, a su alrededor se colocaron las banderas de los países iberoamericanos, suponemos que con excepción de la mexicana, y junto a ellas las de Falange, la italiana y la de Huelva y, frente a la tribuna, la bandera española, objeto del homenaje. En presencia de todas las autoridades españolas e italianas y de, según el *Odiel*, la totalidad del pueblo onubense, que participó con interés inusitado en todos los actos de hermandad con Italia, el capitán Barbero recitó un discurso de exaltación de la solidaridad con las naciones amigas, Portugal, Italia, Alemania, y de anuncio de un futuro imperial para España. Tras escuchar con respeto los himnos de esas tres naciones y el himno español, se desarrolló el desfile, al son de los pasodobles que la banda municipal entonaba y en medio de la apoteosis popular de un público que, brazo en alto, se incorporaba al mismo.

Un año después, la celebración revistió prácticamente el mismo esquema: una misa, un acto en recuerdo a los caídos en el monumento y un desfile militar el día 3, y un homenaje a la bandera, el 4. No obstante, en 1938 la fiesta fue

organizada directamente por la delegación de prensa y propaganda. Ese hecho aumentó de forma considerable la importancia propagandística de la celebración, así como la importancia del uso y manipulación de todo un universo simbólico durante la misma.

El mensaje ideológico era claro: Había que establecer un vínculo irrompible entre dos fechas: 1492 y 1936. Los primeros fueron los años en que se forjó el imperio, los segundos los continuadores de él. Y es que, sólo cuando los españoles eran conscientes de su unidad y de su vocación de universalidad, España conseguía ser grande. Así lo habían demostrado cuatro siglos de silencio y mediocridad. Ahora bien, la providencia mandó a un profeta, José Antonio, y a un héroe, Franco, para devolver a España su grandeza, romper su silencio y "hablar al mundo de heroicidad, de austeridad, de misión y fe. Otra vez España ha encontrado el camino de su historia"<sup>12</sup>.

España debía, pues, volver a su grandeza y ésta estaba en el imperio. Había que volver a él. Tenemos voluntad de imperio, señalaban. "Afirmamos que la plenitud histórica de España es el imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera. Respecto a Hispanoamérica, tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de prominencia en las empresas universales"<sup>13</sup>.

El fin era convencer al pueblo de ello, transmitir por medio de símbolos la imagen de que ése era el destino de España, y de que era posible conseguirlo. El aparato de propaganda de Falange hizo uso de un impresionante montaje: la puesta en escena estuvo cuidadosamente planeada. El escenario del principal de los actos, la misa de campaña y el homenaje a los caídos, fue el monumento donde se montó toda una escenografía. A los pies de Colón se instalaron cuatro enormes banderas nacionales, colgadas de altos mástiles que llegaban hasta el suelo. Por encima de ellas, se había colocado una enorme inscripción que rezaba FRANCO, FRANCO, FRANCO. Esas banderolas servían de telón de fondo a una gran cruz de madera sin tallar, franqueada por cuatro hachones y un altar. Las escalinatas del monumento aparecían cubiertas con una gran alfombra, al pie de la cual se leía en grandes letras rojas PRESENTE. En el margen izquierdo y derecho de las escalinatas aparecían colocados, en formación, jóvenes falangistas de uniforme, portando las banderas de Falange, de España, las naciones amigas y de los países hispanoamericanos. La explanada aparecía cubierta por una masa azul de jóvenes que, según *Odiel*, habían llegado a millares convocados por Falange, portando sus respectivos banderines; trasladados hasta allí con la ayuda de las camionetas de la empresa Damas.

Presidían la fiesta ese año el almirante Bastarreche, en nombre del Ministro de Defensa Nacional, y el general Merry, en representación de Queipo. Junto a ellos, asistían representaciones de los países amigos. Los actos dieron comienzo con la celebración de una misa para las autoridades en el convento y un responso en el Monumento a los Caídos situado en el patio del monasterio, a cuyos

<sup>12</sup> "Forjadores de Imperio", *Odiel*, 3 agosto 1938, portada

<sup>13</sup> "El navegante", *Odiel*, 3 agosto 1938, p. 1

pies, el presidente de la Colombina colocó una rama del olivo legendario traído por Colón. Ese acto simbólico demostraba, según *Odiel*, que existía una relación íntima entre quien fue acusado de visionario y, a pesar de todo, continuó hacia delante con sus proyectos para gloria de España y los jóvenes soldados españoles muertos por la fe. Tras ello se trasladaron al monumento, donde las representaciones asistentes de los tres países amigos entregaron al pie de la escalinata una corona de laurel a los Caídos.

En medio de una sobriedad y grandeza que sacralizaban la fiesta y la convertían en un espectáculo de masas que podría recordar, salvando las distancias, a los montajes de la Alemania hitleriana, comenzaron a avanzar al son de la música las banderas de las naciones americanas, para colocarse cada una en el sitio que le correspondía a los lados de la escalinata y alrededor de los graderíos. Tras lo cual, al son del himno nacional, dos jóvenes flechas depositaron una corona de laurel y se rezó una oración. En ese momento se inició el acto puramente político. Tomaron la palabra el camarada Borrero por la Falange local, El almirante Bastarreche y el general Merry. El primero ensalzó la voluntad de imperio de la España verdadera y la de sus hombres. Sueño que, si el ejército y el pueblo mantenían viva su fe en el Caudillo, se vería realizado. Merry, quien proclamó el 3 de agosto como el día más grande de la humanidad superado sólo por la muerte de Cristo, tuvo un recuerdo para el Cuarto Centenario como origen de sentimiento hispánico y aprovechó para arremeter contra los destructores de imágenes. En lo que se trataba de una provocación directa hacia los onubenses presentes, que tuvo el éxito esperado, el general señalaba: “pueblos de Alemania e Italia, decidme si no es barbarie lo que los extranjeros hicieron que destrozaron la imagen de Cristo. Decidme si esos bárbaros merecen perdón. No, justicia. Dios perdona, pero no a los que le robaron y sacrilegiaron”<sup>14</sup>. Finalmente, Bastarreche hizo un canto a la mujer española a través de la figura de la Reina católica y defendió el carácter tradicionalista de la nueva España.

Completaron los festejos colombinos de 1938 un, ya tradicional, desfile de las fuerzas militares y falangistas de la plaza y un homenaje a la bandera el día 4 en la plaza de José Antonio. En este caso, la exaltación a la enseña nacional estuvo a cargo del poeta y alférez del ejército Rafael Manzano. Ante un pueblo de Huelva totalmente entregado, el poeta invocó a Dios para que esa bandera que se había forjado en 17 siglos de gloria y se había corrompido en los últimos tres siglos de “amoratada decadencia”, volviese a recuperar su esplendor y protagonismo como:

- *Símbolo de la patria*, que no era territorio, ni paisaje, ni interés económico sino unidad de esfuerzo, sacrificio, costumbres y tradiciones que marcaban el destino en la historia.
- *Representante de la unidad*, hecha por una excelente costurera, Isabel, esa “política y ama de casa” que supo unir lo invertebrado haciendo un irrompible “maravilloso remiendo”.
- *Símbolo de imperio*, que no pretendía la reconquista armada sino la unidad de espíritu, ideología, geografía, e historia.

<sup>14</sup> *Odiel*, 4 agosto 1938, p. 6

## EL DESCUBRIMIENTO

Carácter muy parecido pero mayor grandeza simbólica se dio a la fiesta del *Doce de Octubre*. La asociación de la Falange con la idea de imperio convirtieron esta celebración en un magnífico pretexto para la demostración pública de su poder y para la difusión de su ideología. Lo que hasta entonces había sido la fiesta de la Raza, bastante alicaída, según los propios falangistas, durante la República, se convirtió en la gran fiesta del imperio para Falange. Los republicanos celebraban una gloria pasada, los falangistas una gloria por venir. Con el Movimiento Nacional, España había comenzado una cruzada para recuperar su mejor tradición, la que la convirtió en el imperio mas grande del mundo, la de los reyes católicos. Ellos fueron los protagonistas de la creación del imperio, José Antonio y Franco iban a ser sus continuadores. Los primeros consiguieron una España grande a través de la unidad, los segundos, tras siglos de decadencia, habrían de restaurar esa unidad de destino. La recuperación de la unidad y el imperio de los monarcas medievales eran las metas del nuevo Régimen, que se titulaba a sí mismo tradicionalista. La celebración de esa fiesta permitía a los españoles sentirse orgullosos de su historia, a los onubenses sobre todo, y recuperado su orgullo y su vergüenza, lanzarse hacia el futuro.

En 1936 Falange aprovechó la fecha para realizar en Huelva una de sus primeras magnas concentraciones. Bastantes días antes, la prensa se encargó de arengar al pueblo onubense a participar en los actos, con su presencia y adornando las calles y balcones con banderas. Por primera vez se montó el gran altar en la explanada de Colón, cuyo artífice fue el onubense Pepe Caballero. Frente a las cinco grandiosas banderas sobre los altos mástiles, que en este caso no eran nacionales sino falangistas, se concentraron 5.000 camisas azules, trasladados por el transbordador hasta el lugar en un perfecto orden que ellos mismos se encargaron de guardar. Presidieron los actos en los que participó también la guardia civil y la policía local, los gobernadores civil y militar, representantes del ejército, varias autoridades de Falange, representantes de la Sociedad Colombina y el cónsul de Portugal. Tras una solemne misa, en la que los falangistas hicieron guardia ante el altar y cuyo punto más emotivo, según nos relataba el periodista del *Odiel*, fue el sonido de las notas del himno nacional al alzar, mientras la masa de los miles de camisas azules se arrodillaban y las banderas se inclinaban en reverencia, el presidente provincial de Falange pronunció su discurso; a éste siguió un desfile que sería por siempre llamado en Huelva “el desfile interminable” hasta que otro lo superase<sup>15</sup>.

El segundo acto de la celebración se realizó en la Sociedad Colombina, en su sede en el Monasterio de La Rábida, con la presencia de todas las autoridades, presididas en este acto por el presidente de la Sociedad, Sr. Marchena Colombo. En lo que constituía el marco idóneo para llevar a cabo una exaltación a España y a su Imperio, se efectuó un acto académico protagonizado por los “cachorros” del nuevo Régimen: los alumnos del Instituto La Rábida, y por el principal heraldo que Falange tenía en Huelva: el poeta Rafael Manzano. El mensaje era claro: España estaba cerca de recuperar su grandeza de manos de

<sup>15</sup> *Odiel*, 13 octubre 1936, portada.

la cruzada salvadora, gracias al sacrificio de muchos jóvenes héroes comprometidos con el renacer de su Patria. Los adolescentes de la retaguardia onubense debían sentirse plenamente identificados con aquéllos, orgullosos protagonistas del fin de una etapa de decadencia y del inicio de otra gloriosa. Tras varias alocuciones, se procedió a nombrar miembro honorario de la Colombina a la guardia civil, “salvadora de Huelva”. Esa misma tarde, las fuerzas de Falange desfilaron por la ciudad; el pueblo entero estaba en la calle, prolongándose la fiesta hasta bastante después de que las autoridades, situadas en un palco en la Plaza de la Merced, pasasen revista a las fuerzas. Amenizaron la fiesta dos grandes orquestas, situadas en el Orfeón onubense y en el Cine Oriente.

¿Qué lectura quiso dar el Régimen a la celebración del Descubrimiento?. Para conocerlo basta consultar el discurso pronunciado por el jefe provincial de Falange a los pies de Colón. El camarada Pardo pregonó que existía un hilo conductor que unía la hazaña de Colón a la de los hombres que en esos momentos se sacrificaban “para que España volviese a cruzar rutas gloriosas”. Cristóbal Colón llegó a la Rábida en 1484, pidiendo pan porque nadie le había prestado ayuda, todos lo consideraban un visionario y, sin embargo, la suya fue la más grande hazaña de la humanidad. De idéntica manera, los falangistas habían sido tachados de visionarios, de locos exaltados. No obstante, se estaba demostrando que eran los hijos de la verdadera España, grande, civilizadora y católica, una patria que no era territorial sino unidad de destinos, que no buscaba la felicidad material sino la espiritual. La Falange iba a devolver a España su esplendor. La reina Isabel, tras la guerra santa de la reconquista, había conseguido lo que ningún otro gobernante: la unidad de España, la expulsión de los judíos y el ensanchamiento del mundo hasta límites entonces insospechados. No cabía duda de que, después de la depuración que en España se estaba realizando en esta nueva cruzada, estaría en condiciones de recuperar su grandeza. Dirigiéndose a los jóvenes, les convidaba a participar en esa hazaña: “vosotros que lleváis en vuestras camisetas ansias de imperio, venid aquí y recordad a vuestros antepasados, al imperio que se inició en la gesta de Colón”. Que ello os sirva, les decía, para daros impulso hacia la meta última de esa cruzada, el momento en que “esas banderas de Hispanoamérica vuelvan a llevar nuevamente nuestra España por Europa. Esta bandera rojinegra que es la sangre de nuestros mártires. Estas flechas y estos yugos volverán a ser dueños del mundo y harán que esas banderas de Hispanoamérica vuelvan a nosotros”.

En la celebración de 1936 quedaron planteados los dos argumentos que vamos a ver repetidos en las celebraciones de 1937 y 38, la voluntad de restaurar el imperio y devolver a España su grandeza, y la equiparación de la hazaña descubridora con la gran cruzada que ellos estaban encabezando. Los años que le sucedieron, la estructura de la celebración de la fiesta fue idéntica. En 1937 contó con el aliciente de que Franco fue nombrado presidente honorario de la Colombina, y el jefe de la Falange local socio de honor. En el discurso oficial, pronunciado en la explanada del monumento por el Alférez de la Fragata Santa María, Falange daba gracias a Dios por haber convertido a España en un *país elegido* y a sus jefes en *hombres providenciales* con una misión universal. Y es que la santa cruzada emprendida no sólo salvaría a España: de la misma manera que Dios dio a España en 1492 la misión de evangelizar al mundo, le estaba dando en 1936 una nueva misión, nada menos que la de salvar al mundo “de la revo-

lución Bolchevique, de la revolución materialista sedienta de sangre cristiana, que trataba de minar los cimientos de la sociedad hasta conseguir su derrumbamiento". En la realización de esa misión santa, tarea de gigantes, que devolvería a los españoles su grandeza, España recuperaría su orgullo, su prestigio y su fuerza; lo suficiente como para convertirse de nuevo en guía universal: en Imperio.

En 1938, de acuerdo con la coyuntura de la guerra y con la mitificación progresiva de la que Franco y el Movimiento iban siendo objeto, la exaltación de la voluntad imperial de la nueva España alcanzó sus niveles más altos. Hasta tal punto que el *Odiel* transformó el hasta entonces día de la Raza en "la fiesta del Imperio". Las dos fechas, 12 de octubre de 1492 y 12 de octubre de 1938, aparecían como paralelas. Los españoles de uno y otro tiempo también guardaban ese paralelismo, nada tenían que ver con el puñado de bárbaros y satánicos bolcheviques que mantenían secuestrados aún a parte de los verdaderos españoles. En el día de la raza, el *Odiel*, en su portada, definía a esa estirpe española que logró la más grande gesta de la humanidad y que volvería a hacerlo. Para el diario del nuevo Estado, lo que había dado grandeza al español de aquel tiempo, había sido su profunda vocación cristiana y su afán de grandes empresas. El carácter de esos hombres entre soldado y misionero, entre místico y castrense, hizo posible parir pueblos y conducir el mundo. Sólo los hispanos podían hacerlo. Y es que tenían una forma especial de ser, *un estilo* singular cuyas principales características eran: "austeridad, vocación de lo difícil, sacrificio y humanismo". Esas eran precisamente las cualidades de esos jóvenes que, cansados de la decadencia de España y conscientes de que ésta se alejaba cada vez más de la imagen que ellos habían adquirido de sí mismos en los libros de texto, decidieron llevar a cabo una nueva cruzada. Con esos hombres en la vanguardia y la retaguardia, España podría volver a salvarse y a salvar al mundo de una época de barbarie y materialismo. Los onubenses tenían la obligación de cumplir con esas expectativas, ser ejemplo nacional, sobre todo porque "hoy más que nunca la ciudad pasa a ser símbolo. Huelva gozará de nuevo el orgullo de ser otra vez cuna de imperios"<sup>16</sup>.

Como era tradicional, la ciudad amaneció decorada con colgaduras en edificios públicos y casas particulares, y con iluminación eléctrica. Se celebró la misa acostumbrada en el gran altar colocado con esplendor a los pies del monumento. Posteriormente, se rezó un responso a los caídos ante la cruz sita en el patio del monasterio, y una sesión conmemorativa en el patio mudéjar organizada por el SEU del instituto de segunda enseñanza de Huelva. En la misma, el presidente de la Colombina se mostraba convencido de que Franco volvería a dotar a la Rábida de su grandeza histórica. Después de que varios jóvenes participasen ensalzando a la patria, las autoridades se trasladaron al monumento, donde el pueblo de Huelva abarrotaba la explanada con los jóvenes camisetas azules para realizar lo que *Odiel* denominó "Un acto de exaltación Imperial". Tras oír, brazo en alto, el himno Oriamendi y pedir por los caídos, tomó la palabra Rafael Manzano.

<sup>16</sup> *Odiel*, 12 Octubre 1938, p. 5

El poeta hizo uso de la palabra para aclamar, entre el fervor popular, que España estaba viviendo el segundo momento importante de su historia. Por segunda vez Dios había elegido a España y a su jefe para, una vez unida y devuelta a su verdadera esencia cristiana, salvar al mundo. Por esa razón, lo que hasta entonces se había celebrado en el marco municipal, con coronas de flores para recordar una fecha muerta y con palabras de conmemoración, debía celebrarse no como una elegía sino como una realidad. Una realidad alegre pues “estamos poniendo de pie nuestra historia”<sup>17</sup>. España se había olvidado de América cuando empezó a olvidarse de sí misma, pero estaba resucitando y volviendo sus ojos al otro lado del mar. “Hoy que sabemos de dónde venimos y a dónde vamos nos disponemos a un nuevo descubrimiento de América”. Por todo ello, el día del doce de octubre no era recordado como una fruta madura que se pudría en las manos, sino para, a partir de ahí, impulsarse hacia esa misión. Desde la unidad y la fortaleza nacional volveríamos a ser el centro del mundo. España tenía algo importante que enseñar. Tras el discurso, se realizó el desfile y el retorno a Huelva. Esa tarde, respondiendo a las consignas del ministro de educación, se celebró una velada músico literaria en la Cruz Roja.

Si tenemos en cuenta la vocación imperial que el nuevo Régimen consideraba la esencia de España y plenitud histórica de la misma, si prestamos crédito a lo publicado en la prensa del Movimiento o a lo que se pregonaba en aquellas fiestas que siempre terminaban convirtiéndose en mítines, no era de extrañar que los sectores liberales hispanoamericanos se sintiesen incómodos. En realidad, ¿de qué imperio se hablaba?. Por encima del lenguaje demagógico y exaltado que de forma natural se extendió a lo largo de la guerra, una consulta a los múltiples artículos que *Odiel* publicó con motivo de las celebraciones hispánicas, nos puede dar algunas pistas sobre las características de la actitud de Falange hacia Hispanoamérica. En realidad, a pesar de la demagogia, nunca se habló de un imperio territorial, ni de una reconquista por las armas, se trataba de un imperio “espiritual y cultural”. No se pretendía volver a la idea de imperio territorial de los romanos, afirmaba Laín Entralgo, sino al imperio de las ideas. La meta de la España de Falange era convertir a España de nuevo en guía espiritual y cultural, el eje sobre el cual girasen toda una serie de países que, sin tener en común las fronteras, poseían idéntica visión de mundo<sup>18</sup>.

Alejandro Manzanares lo definía a la perfección: “Nuestro imperio es de categoría espiritual, tiene color, sabor, acento y ritmo de influencias culturales: arte civilización, carácter ideas, literatura costumbres, religiosidad. Un nuevo imperio que no sepa de fronteras, una fecundación espiritual del orbe en que, como en los días del siglo de oro, España vuelva a ser luz y guía de los intereses supremos de la humanidad”. La idea no era otra sino que el valor espiritual, económico, social y político de España, volviese a convertirse en una directriz trascendente en el rumbo de la historia; que tuviese importancia en las orientaciones de la civilización y el progreso. “Que nuestro catolicismo sea muro de contención a la expansión del materialismo y la barbarie ancestral, asiática, semiprimitiva, que nuestra lengua vuelva a ser usada con respeto en todos los

<sup>17</sup> *Odiel*, 13 octubre 1938, portada.

<sup>18</sup> Pedro Laín Entralgo, “El imperio, meta de falange”, *Odiel*, 12 octubre 1937, p. 1

países cultos, que nuestros barcos naveguen siendo heraldos de prosperidad, que llevemos a cabo la ingente empresa de nuestra unidad interior". Se trataba de un imperio ecuménico y no de una ocupación territorial<sup>19</sup>.

## EL RETORNO DE COLÓN

Una tercera celebración cerraba el ciclo colombino. El 15 de marzo se festejaba la vuelta de Colón. En este caso la fiesta presentará un carácter más local, menos propagandístico y más educativo. En el 36 fue aplazada por el mal tiempo, pero el programa indicaba que se preparaba una misa en el monasterio en memoria de los caídos por salvar a la patria en "la gloriosa lucha contra los bárbaros". Para los convocantes, la España que llevó la civilización cristiana, la verdadera España suplantada y extranjerizada durante los últimos tres siglos, ahora la defendía en su propio suelo contra los que "deseaban convertirla en una abominable colonia de los sin Dios".

En los años sucesivos, la fiesta quedó configurada como una velada formativa dirigida a los jóvenes. En ella se les recordaba la grandeza pasada de España, para establecer una antítesis entre aquélla y la miseria y corrupción de la etapa que Huelva vivió antes de la "liberación". Formaban parte de esa etapa negra no sólo la República, sino todo un período histórico en el que se produjo un alejamiento de la España verdadera, "gracias" a lo que fue una contaminación extranjera: el liberalismo de influencia francesa. De forma paralela al rechazo de ese falseamiento de España que desembocó en una profunda decadencia, se les convencía de la identificación de la nueva España con la que fue protagonista de la Historia universal durante siglos, y se les llamaba a ayudar en esa reconstrucción de la grandeza hispana.

El marco elegido por sus organizadores, la oficina de prensa y propaganda y el SEU, fue el instituto de segunda enseñanza La Rábida. El centro rompía su rutina para realizar el acto de exaltación a la Hispanidad al que asistían, además de las autoridades académicas, las autoridades civiles y militares y los mandos de Falange. El acto se celebraba en el salón de actos, decorado especialmente para la ocasión con banderas de Hispanoamérica, Falange y España. En ese marco, y sin que faltasen los honores a las banderas y los himnos que eran escuchados por los jóvenes brazo en alto, tomaban la palabra los diferentes conferenciantes.

En 1938 la sesión corrió a cargo del catedrático Jose Pulido Rubio. El orador ensalzó las tres grandes fechas que España había dado a la humanidad: el 3 de agosto "el día de la fe", el 12 de octubre "día de la esperanza" y el 15 de marzo "el día de la realidad". Esa grandeza fue producto de una España católica y unida; ese era el mensaje. La unidad de España era una unidad imperial, una unidad histórica, una unidad espiritual, una unidad de destino. Los reyes católicos y los marinos la hicieron posible, Franco, por entonces ya el SUPERHOMBRE, y sus soldados, lo volverían a hacer. Un año después, en 1939, se celebró idéntica sesión educativa. En este caso, la cátedra la ocupó el presidente de la Colombina, señor Perelló. Si en años anteriores el sentido de la unidad como

<sup>19</sup> Alejandro Manzanares, "Nuestro Imperio", *Odiel*, 2 noviembre 1937, p. 3.



base de la grandeza española había sido el protagonista, en este caso se hizo hincapié en el deseo y la necesidad de incorporar a los jóvenes a la sociedad Colombina y a la conservación de los valores de la raza. Para vincular a los jóvenes con su pasado, se leyeron varios capítulos de una obra que se consideraba básica para todo onubense en formación *Plan y génesis del descubrimiento colombino*. En ese libro de cabecera de todo buen hijo de Huelva, se hacía un canto a la participación de esta ciudad en el descubrimiento; para enorgullecimiento de sus jóvenes habitantes. Como todos los actos, culminaron con los homenajes a las banderas que decoraban el salón y con la interpretación de los himnos nacional y de Falange.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

Parece evidente que las celebraciones públicas organizadas en Huelva durante la guerra civil revistieron un carácter festivo y propagandístico de la ideología en la que el nuevo Régimen se asentaba. Creando fiestas, cambiando de sentido otras, dando mayor protagonismo a aquéllas que mejor servían a sus intereses, la Falange manipuló todos y cada uno de los actos en que el pueblo de Huelva se expresaba libremente. Controló la vida cotidiana de la ciudad, infundiendo en el pueblo la imagen que deseaba que éste tuviese del nuevo Estado: una ciudad católica, alegre pero en orden, participativa, responsable, solidaria con la vanguardia de la lucha, consciente de la unidad integral de España y con un alto sentido de su herencia imperial. En Huelva, las especiales circunstancias históricas le pusieron fácil inculcar en el pueblo lo último.

En todas y cada una de las celebraciones públicas de la ciudad durante la guerra se hizo alguna referencia, ya fuese simbólica, con la presencia constante de las banderas hispanoamericanas, ya fuese directa, a través de los discursos de las autoridades, a la relación de la ciudad con “el más alto hecho protagonizado por España”: el descubrimiento. Las fiestas relacionadas con él dieron a la Huelva de la retaguardia un protagonismo excelente en el marco de la Zona Nacional, y fueron el más útil instrumento que Falange tuvo en su mano para convencer a los onubenses, a los jóvenes sobre todo. La Hispanidad era un recuerdo constante de la grandeza de una ciudad que se consideraba la cenicienta de España y que, lógicamente, muy pronto se sintió leal a un Régimen cuyos principios ideológicos le aseguraban renovar su grandeza y su protagonismo.